

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8305

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 13 de Julio de 1889

LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo: aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y cometí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risueño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente á media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

El sarampión en los niños.

Muchas veces tiene el vulgo formado un criterio erróneo de algunas dolencias y esto sucede con el sarampión principalmente, que lo considera sin interés alguno, respecto de la gravedad que puede revestir, y de escaso valor á las ulteriores consecuencias que el sarampión en muchos casos produce. Este modo de apreciar las cosas le conduce indispensablemente á decepciones grandes que en algunos casos no se pueden evitar, aprovechando la ocasión de existir en varios puntos una epidemia de esta enfermedad, creemos oportuno hacer algunas consideraciones de utilidad práctica para las familias, poniéndolas al corriente de lo que deben hacer para librarse, relativamente, de sufrir este azote, algunos de sus pequeños seres.

Esta enfermedad es una de aquellas que tiene indicios claros y ciertos que presagian el desarrollo de la dolencia, y respecto á esto debemos llamar la atención de las familias cuando muchas de ellas no dan ningún valor á estas primeras manifestaciones siendo esto la causa del curso anormal que siguen algunos sarampiones. Estos síntomas precursores son la tos, estornudo, lagrimeo é inapetencia; en estas circunstancias, cuando se hallan bajo la acción de estos síntomas muchas madres interpretanlos como un ligero malestar procuran sacar á paseo al enfermito, siendo así que debe practicarse lo contrario, es decir, tener al niño en habitación libre de corrientes de aire, ponerlo á semi-dieta, darle bebidas calientes y esperar el desarrollo de la dolencia que en algunos casos tarda 6 ó 9 días y colocado el enfermito en estas condiciones es más fácil que el sarampión siga el curso normal y sin complicaciones y en el caso contrario puede tener funestos resultados.

Cuando una familia tenga varios niños lo que conviene principalmente es librar á los otros niños de sufrir enfermedad; y se logra esto separando á los niños sanos de la acción de las causas productoras del contagio mediante el traslado á otra casa lejos de la que existe la infección y muchas veces si se tarda mucho tiempo en verificarse no se puede librar de su acción y sufren la enfermedad. Cuando se trasladen

á otra casa debe procurarse que no haya niños, pues puede suceder, y se ve con alguna frecuencia que al ser trasladado un niño de su casa en donde se haya desarrollado el sarampión á otra libre de aquella dolencia, sea el vehículo del contagio y desarrollar esta dolencia en los otros niños que á no verificarse el traslado se hubieran librado de su acción. Esto debe tenerse muy en cuenta para bien de la humanidad y como medio de disminuir el desarrollo.

Una vez desarrollado el sarampión, debe procurarse sostener una diaforesis abundante, para lograrla no debemos recurrir como sucede muy amenudo entre las familias, cargando de pesado abrigo la cama del enfermito, porque esto además de ser molesto para el enfermo, el sudor que así se obtiene no produce los benéficos resultados que el obtenido mediante una diaforesis racional.

No se debe cargar durante la enfermedad el estómago del enfermito con gran cantidad de agua hervida, con diferentes hierbas; siendo lo mejor, el uso del agua de fuente ligeramente tibia, con azucarillo que calma la sed y favorece la diaforesis.

No deben acelerar las madres la salida del enfermito una vez se halle en el periodo de convalecencia, porque esto suele ser causa de percatos por el resaca. Es común en nuestro país la costumbre de darle de comer antes que el médico lo ordene, y así como en muchos casos no produce complicación alguna, en otros, y sobre todo en el sarampión, suele producir malos resultados, ocasionando un recargo febril cuyo primer efecto es producir complicaciones terribles bajo todos conceptos.

Para evitar la propagación de esta enfermedad sería conveniente desinfectar con cuidado en estufa caliente los vestidos, ropa blanca, etc., de los enfermitos; fumigar con azufre la habitación y ventilar con esmero todos los departamentos de la casa. Los esputos, orines y deposiciones pueden ser tratadas por el sublimado corrosivo (1.100) para destruir los gérmenes que puedan contener. Sería conveniente que cada enfermito tuviera utensilios de comer para su exclusivo uso, que se desinfectaran antes de entregarlos al uso general.

Tenemos la seguridad, que cumpliendo estrictamente lo que acabamos de decir en el presente artículo, podríamos comprobar prácticamente la utilidad de esta doctrina, en primer lugar, haciendo que desaparecieran los sarampiones anormales que con tanta frecuencia se presentan, y que gracias á nuestro habitual descuido producen los más funestos resultados, y en segundo lugar, evitaríamos la diseminación de esta terrible dolencia que tantas víctimas produce entre los pequeños seres, que son la alegría y bienestar de las familias.—Dr. Sangredo.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

SONETO

Charada

La primera con tercera en Andalucía hallarás y la segunda y primera en cualquier árbol tendrás. La primera con segunda es como equivocación y segunda con tercera hago si parto un melón. El todo sabed que és un feroz y grande pez.

La solución en el número próximo.

LA FOTOGRAFIA

(DE ALFONSO DAUDET)

La casita tenía el aire de un pequeño ménage, una que todo el mobiliario habría podido ir en un carrito de mano; les habían hecho pagar el cuarto adelantado—un cuarto de gorrones—porque habitaban en el quinto piso de una casa recién hecha en uno de los grandes barrios sin acabar, lleno de carteles, de grabados, de terrenos rodeados de empalizadas.

Reinaba un fuerte olor á pintura fresca en sus tres pequeñas habitaciones, iluminadas por una luz muy viva y que hacía más visible la desnudez de las paredes.

Allí estaba el taller con su cierre de cristales, su chimenea prusiana oscura y fría, y un poco de carbón de coke preparado para encenderle cuando fuera la gente.

Las fotografías de la familia estaban colgadas en las paredes: el padre, la madre, los tres hijos, sentados, de pie, juntos, separados, en todas las posturas posibles: después algunos monumentos, vistas de campo.

Esto databa del tiempo en que eran ricos y el padre se ocupaba en la fotografía para distraerse.

Ahora la ruina ha llegado, y no teniendo otro oficio de que echar mano, trata de hacerse uno con su pasatiempo de los dominios.

La máquina, que los niños miran con admiración temerosa, ocupa el sitio de honor en medio del taller, y en sus cobres nuevos, llamantes, sus gruesos cristales claros, parece haber absorbido todo el lujo, todo el esplendor de aquella pobre vivienda.

Los otros muebles son viejos, rotos y extravagantes.

La madre lleva un traje raído de seda negra, estropeada, un poco de encaje en la cabeza, el traje de un mostrador en que los compradores no menudean.

El padre lleva un hermoso gorro de artista: una americana de terciopelo para impresionar á los burgueses.

Bajo estos desechos relucientes, con su gran frente preñada de ilusiones, sus ojos asombrados, tiene el aire tan nuevo como su máquina.

¡Y cómo se agita el pobre hombre!... ¡Cómo se toma en serio á sí mismo! ¡Hay que oír como les dice á sus hijos:

—No entreis en la cámara oscura.

¡La cámara oscura!... ¡Oh!...

En el fondo el infeliz está muy turbado.

Pagado el cuarto, la leña, el carbón no le quedan más que cinco céntimos en caja; y si los clientes no suben, si el cuadro con las fotografías que está en la puerta no llama á nadie al pasar, ¡qué comerán los niños aquella noche!

En fin, sea lo que Dios quiera.

La instalación se ha terminado y no hay con quien que arreglar.

Ahora todo depende del que pase, y el padre, la madre, los hijos todos están en el balcón en acecho.

Entre tanta gente como pasa fácil será que haya un aficionado; ¡qué demonio! Pero no, la multitud viene, va, se cruza á lo largo de la acera, y nadie se detiene... ¡Ah! Sí. Hé ahí un señor que se acerca al cristal, mira los retratos y parece que va á subir. Los niños, entusiasmados, hablan de encender la estufa.

—Esperemos aún—dice la madre prudentemente.

¡Y qué bien ha hecho! El señor continúa su camino. Pasa una hora, dos horas. El día va declinando, cruzan grandes nubarrones. Pero á aquella altura aun se podrían sacar excelentes pruebas. Pero nadie va.

A cada instante nuevas emociones, falsas alegrías; pasos que se oyen en la escalera, que llegan hasta la puerta, y luego se alejan.

Una voz hasta sonó la campanilla; es uno que preguntaba por el antiguo inquilino.

Las caras no se alargan, los ojos se llenan de lágrimas.

—Eso no es posible—dijo el padre;—puede que hayan descolgado nuestro cuadro: anda á ver, niño.

Después de un momento, el niño vuelve á subir consternado.

El cuadro está en su sitio; pero como si no estuviera, porque nadie repara en él.

Además está lloviendo.

En efecto, sobre el cristal del taller de lluvia comienza á caer con un pequeño ruido juguetón.

El boulevard se pone negro de paraguas. Se meten para dentro y cierran la ventana. Los niños tienen frío; pero no se atreven á encender la estufa que contiene el último puñado de carbón.

La familia está consternada.

El padre da vueltas por el cuarto con los puños crispados; la madre, para que no la vean llorar, se esconde en la cámara oscura.

De pronto uno de los niños, que ha aprovechado una clarita para asomarse á la ventana, exclama:

—¡Papá, papá! hay gente en el portal!

No se ha engañado; es una señora, una gran señora. Mira un momento las fotografías vacila, levanta la cabeza... ¡Ah! si todos los ojos que la miran desde arriba tuvieran iman, ¡cómo subiría la escalera!

Por fin la señora se decide; entra, sube. Ya está allí! Rápidamente encienden el fuego los niños se meten en el cuartito de al lado, y mientras que el padre se acomoda su gorro, la madre se precipita á abrir, conmovida, sonriente, con el frou frou modesto de su viejo vestido de seda.

—¡Sí, señora!... aquí es.

Se adelanta, la hacen sentar: es una señora del Mediodía, una poco charlatana, pero muy complaciente. La primera prueba no resulta. Bueno, se hará otra. Y sin la menor contrariedad la señora vuelve á poner el codo sobre la mesa y la mano bajo la barba.

Mientras el fotógrafo arregla los pliegues de la falda, las cintas del sombrero, se oyen risas ahogadas detrás de la puerta de vidrio: son los niños que se empujan para mirar á su padre metiendo la cabeza bajo el cristal verde del aparato y estando allí sin moverse como un animal del espectáculo; con un gran ojo á propósito para que ellos sean mayores que los otros fotógrafos, todos...

¡Ya hay una buena prueba que el señor trae en triunfo, chorreando agua.

En aquello blanco y negro la señora se reconoce, encarga doce retratos, los paga adelantados y sale encantada.

Ha salido; la puerta se ha cerrado.

¡Viva la alegría!

Los niños, delirantes, bailan alrededor del aparato.